

LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTORES: Antonio José Montoya y Federico Carlos Henao.

HEINE

“Los escritores y pensadores, llámense filósofos, poetas, novelistas ó con cualquier otro nombre, no sobreviven á la época que les dio el sér sino cuando aparecen como genuinos representantes de ésta en sus costumbres, en su carácter, en sus intimidades ó en sus pensamientos.”

Las ideas y las tendencias de las generaciones tienen sus voceros que, expresándolas en sus obras, logran por esto hacerse inmortales. Esto nos lo demuestra el brevísimo estudio que vamos á hacer sobre las principales producciones del poeta cuyo nombre encabeza este artículo; porque nadie mejor que Heine supo condensar en sus escritos el sarcasmo y la duda de los tiempos revolucionarios en que vivió. Esta fue la causa de su popularidad y de la admiración que se le profesó, no sólo en los demás países, sino aun en su misma patria, la que tantas veces él despreció y maldijo.

Nació Enrique Heine en Dusseldorf, en el año de 1791. De sangre israelita, cualquiera hubiera dicho que sólo tenía aptitudes para el comercio, que es el arma con que su raza ha logrado conquistar el mundo; mas después de algunos ensayos vióse que no tenía afición por ese género de vida. La fe que había heredado de sus padres, la perdió desde joven. Abandonó su creencia en el Mesías para hacerse ateo; luego aprendió el *panteísmo*, con su maestro Hegel, y más tarde abandonó esos sistemas filosóficos, para elevarse al concepto del Dios personal. Pero estudiemos á Heine en sus obras, que es donde mejor puede conocerse. La primera de ellas es el *Intermezzo*, que compuso de 1822 á 1823.

Es esta una colección de pequeños cantos, en los que resalta un pensamiento, que á veces, á primera vista parece trivial, pero que luego, cantado por Heine, adquiere una nueva forma, á pesar de que tal vez notamos que es una de tantas es.

cenas comunes. Es esta obra la aspiración de un sér que busca *algo* que está fuera de él, y que nunca lo encuentra. Son la duda y el fastidio por el mundo, elevados al lirismo. Pregunta á todos los seres por su amada: á las flores, á las aves, al bosque, y al no hallarla y viendo su pasión despreciada, y su sér convertido en burla, lanza entonces sobre ella terribles maldiciones, la trata con aquel sarcasmo que eternamente se halla en sus labios, reniega del mundo, de los hombres y en su desesperación, cual otro Fausto, llega á llamar al Demonio. Otras veces la intensidad de la pasión le hace calmar sus iras: olvida sus desprecios, la busca, la perdona y aun la adora. Se nota en estas cortas canciones cierta tendencia por lo infinito, pero por aquel infinito tan vago del panteísmo: á no dudarlo, influencia de sus doctrinas filosóficas. A veces dice abiertamente que no tiene fe; otras, cuando parece creer, se nota siempre que su fe es demasiado indefinida:

“ Y por el inmenso mar
Ibamos sin esperanza.”

Cuando más desesperado está del mundo real, cuando su cuerpo anhela por la tumba y ve con placer la danza de espectros que se le acerca, viene por súbita contradicción á gozar con el cuadro de la naturaleza que tanto odia; todo le sonríe, tiene coloquios con su adorada, y se complace hasta en sus mismas poesías, para volver de nuevo á quedar en su estado habitual, lamentando sus aspiraciones no realizadas y clamando contra su propia existencia.

¡Cuántas veces esa misma violencia, ese mal que le aqueja, es la causa de que á sus labios asome la contradicción ¡Queréis ver condenado el amor, antes tan sublimemente cantado por él? Penetrad con Heine en el cementerio y aguardad á que el Juglar se levante de su tumba, y veréis cómo en los cantos que éste entona, seguido de los de otros fantasmas, sólo tiene maldiciones para el amor. Mas si queréis gozar de espectáculos envidiables y tranquilos, si queréis conocer el amor verdadero, os transportará á las Montañas del Harz, para presenciar un idilio; lo veréis allí en la casa del campesino, sentado en la silla de roble, y á sus pies y apoyada sobre él, la linda niña, de ojos como estrellas, en él fijos, contándole temerosa sus creencias en duendes y brujas y en misteriosos castillos, mientras él sonriendo feliz, la enseña á espantar esos vanos miedos. Os llevará también á la fuente de *Irza*, para escuchar los cantos de la amante princesa, que convida á gozar en su regazo, de todos los placeres, allá en su encantada mansión.

En las poesías que llevan el título de “El Regreso” (1823—1824) se nota la misma variedad de sentimientos, aquel perpetuo martirio y aquellas ansias sin fin de que es presa el poeta. Al volver á su patria se avivan los nobles afectos que para con ella tiene: ya goza con la vista del Rin, y platica en las cañas de los pescadores; ya busca por todas partes, en la ciudad y en los campos, á la que es objeto de su constante amor, y tiembla cuando reconoce al rayo de la luna, su propia figura, de pies, ante la habitación de su amada. Siente infalible alegría ante el cuadro que le ofrece la lejana ciudad, que él, cuando anda vagando, descubre, y experimenta una dulce tristeza al recordar de la antigua leyenda patria, el canto de Loreley. Unas veces evoca en su mente los tiempos antiguos, la época aquella en que, niño aún, jugaba con su hermana, y se complace en esos recuerdos; otras, aquel que poco antes blasfemaba de Dios y se burlaba de Satanás, va en romería hasta el altar de la Virgen, coloca en él un corazón y le pide que le alivie el suyo. Pero jamás abandona el sarcasmo, ni deja de traslucirse en él aquella *ansia perpetua de algo mejor*, como diría su imitador Bécquer; porque son sus poesías lugar donde abiertamente descubre su corazón, destila gota á gota la antipatía que contra el mundo tiene, y canta sus sufrimientos y sus desahogos, su querer y su penar, de la manera más noble y original.

De imaginación como Edgardo Poe, que se complace en lo terrible; de profundo gusto y sentimiento, pues supo hermanar lo ideal con lo real, y cantor fidelísimo de los trances de su vida, pero cantor tal que, como dijo alguno, cada lector cree que le ha sorprendido sus más íntimos secretos, es Heine uno de los poetas más populares, y uno de los primeros que ha tenido Alemania. A él mismo no se le ocultaba la gran importancia de su personalidad, pues, en uno de sus cantares, le responde así á su amada:

“ Quién soy ? Un vate alemán,
Y allí me conocen bien ;
Pues si citan con afán
Nombres que gloria les dan,
Citan el mío también. ”

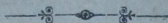
Atormentado por aquel amor que encendió en su juventud y que nunca fue correspondido, deja escapar sus quejas en los cantares, como buscando alivio en esa expresión de su alma. Grande es su sufrimiento: él mismo no distingue si es mayor que su amor; pero acaso nos sea permitido alegrarnos de eso, pues tal fue la causa de su sublime inspiración, como lo fue

también en Alfredo de Musset su amor despreciado; y cuando ya el poeta está cansado de sufrir y pide al *infame carpintero que dentro de su pecho trabaja*, que se apresure para que le deje descansar, quiere desprenderse de todo, hasta de sus propias poesías—de aquellas poesías que tanto ama—hace de ellas una enorme carga, las pone en hombros de doce gigantes y va á arrojarlas al mar exclamando:

“Tal fosa para tal féretro!”

Grande verdad! Si los cantos de Enrique Heine estuvieran destinados algún día á desaparecer ó á perderse, en tal caso su única mansión digna sería el océano, que es como ellos profundo, como ellos hermoso y como ellos inmenso.

L. MARTEL.



EL CORO DE LOS TIPOS

(Del poema de Augusto Vacquerie titulado *Futura*)

EN UNA IMPRENTA

Hermanos, trabajemos! El verbo pide vida.
Las frases compongamos, las páginas, el pliego.
Papel y tinta aguardan; la prensa nos convida:
Hagamos el periódico, y el libro surja luégo.

Aprisa! El impaciente vapor nos llama á gritos!
Nosotros al Progreso le abrimos libre paso;
No vive yá la Idea cautiva en manuscritos,
Y hoy puede, por nosotros, volar de oriente á ocaso.

Secando el llanto acerbo que tiembla en sus pestañas,
En pos va de los tipos la excelsa vagabunda;
Los mares atraviesa, traspone las montañas,
Y si á la tierra mira, de luz la tierra inunda.

Perdidos en la sombra morían los inventos;
Pero les dio por alas sus páginas la Imprenta,
Y el plomo los difunde, más raudo que los vientos,
Y del humano espíritu los bienes acrecienta.

Yá todo es hoy de todos, y alcanza al indigente!
El bienestar sonríe cual flor recién abierta;
Se acaban muerte y noche, y el hondo arcano siente
Que ante el común esfuerzo cediendo va su puerta.

A todo, hasta á la tumba, nosotros damos vida ;
 El Arte alienta al sabio que á vacilar empieza,
 Y enséñale—de lo alto—la ruta yá perdida ;
 El dón mayor que hacemos al hombre, es la Belleza!

La vida es dura y triste ; doblar las frentes hace
 La carga de las sombras bajo su enorme peso ;
 Mas ve la luz un Sófocles, con él lo Bello nace,
 Y siéntese que al mundo le ha dado Dios un beso!

Al mártir la Belleza le da fuerza invencible ;
 Y si ella luce, erguida la Humanidad se muestra,
 Que nunca lo perfecto mintió ni fue falible,
 Y una promesa vemos en cada obra maestra.

El verbo humano es *fiat* ; el genio que habla, crea.
 El hombre se ahogaba, de aire mejor sediento,
 Y hallólo en los gemidos del vate de Idumea.
 Esquilo nueva atmósfera dio al mundo con su aliento.

Bebed la luz del libro ! Lo bello que en la cumbre
 Del Dante brota, el alma del universo inunda ;
 La Biblia guía de pueblos inmensa muchedumbre ;
 Juvenal á los siglos legó su ira fecunda.

El pensador que os mira pasar, generaciones,
 Figúrase en vosotras de un libro—del primero
 Que apareció en el mundo—ver nuevas ediciones ;
 Y en ti, Futuro, el máximo, rico ejemplar postrero !

FIDEL CANO.



MEMORIAS INTIMAS (FRAGMENTOS)

CAPÍTULO 4.º

Mis negocios.

Aquí en dondo me ven, tan pobre y tan *pelado*, yo he hecho muchos negocios en el curso de mi vida; que sean buenos, no lo aseguro, pero que los he emprendido creyéndolos tales, lo certifico y afirmo.

Como nadie, que yo sepa, siente los dolores de muela ajenos, juzgo que la tarea que me impongo de hacer conocer del respetable público mis cuitas en este ramo de mis intimidades,

quizá será estéril ó de poco provecho; sin embargo, no por ello desistiré de mis propósitos, por cuanto abrigo la esperanza de que, al menos por el lado del escarmiento, servirán de algo estas mis pobres y desaliñadas líneas. Por lo demás, mi deseo no es otro que el de seguir el ejemplo de ciertos viajeros que por amor á su prójimo acostumbran clavar *estacones* en los malos *pasos* á fin de que éstos anuncien el peligro á los que vienen atrás y puedan así evitarlo.

Por otra parte, como en estas *memorias* he querido presentarme tal cual soy, para edificación y entretenimiento de mis lectores, no sería corriente ni justo que guardara silencio sobre particularidades de tanta substancia y que tanto contribuirán á mostrar mi sér moral é intelectual por esta nueva é importante faz.

Mi primer negocio lo hice cuando cumplí mis once, y cuando apenas si sabía leer con sonsonete y firmarme con gruesos y disparejos caracteres. Hé aquí el cómo fue.

En la época á que me refiero vivía yo con mi familia en el pueblo de C, y en un viaje de recreo que hice á esta ciudad, mi tío Casiano Pérez, dado á la industria del comercio al por menor, me aconsejó que emprendiera negocios en el mencionado pueblo y que para empezar operaciones me convendría hacerlo con *corozos* de los pequeños, que tenían muy buena venta. Seguíle el consejo con gusto y con no poco entusiasmo; y al efecto compré una *arroba* de los dichos *corozos*, que me costó un peso de ley completo, los cuales trasladé yo mismo en persona al lugar de su consumo. Al domingo siguiente á mi llegada, abrí venta en la plaza—á la hora de la feria—de mi mercancía, anunciándola en alta voz á mis contemporáneos, quienes, en verdad, no se hicieron sordos á mi llamamiento. Empecé una venta muy activa, y el negocio marchaba que era gusto; y tanto, que ya yo me estaba dando ciertas ínfulas de superioridad, como quien decía “soy hombre en carrera”; pero luégo sucedió, y esta fue mi mala ventura, que á eso de mediodía, y cuando la *jíquera corocera* ya estaba muy de veñida, unos *malditos* muchachos, de los mismos compradores del *artículo*, me sonsacaron para que jugara con ellos al “juego de Itagüi.” Accedí á sus tentadoras insinuaciones, y mientras se persigna un ciego viejo me dejaron limpio de los *corozos* que me quedaban; y no fue esto lo malo; que fue lo peor, que con el deseo del *desquite* les compré *corozos* de los que me ganaban, y éstos los perdí también. Hechas las cuentas de lo realizado y descontando lo perdido, me quedaron *siete reales y medio*; es decir, que se perdieron en el negocio *cinco medios* y el trabajo. Mal principio!

Mi madre, que se impuso del suceso y de las causas productoras del fracaso, me dijo que no me desalentara y que volviera al *tiro*, que ella me protegería con quince reales más,

con tal de que yo le prometiera no reincidir en el feo vicio del juego, que á todos perjudica, pero que, sobre todo, pega tan mal en los hombres de negocios. Previa tal promesa y con un capital inicial de veinte reales, hice mi segundo viaje á esta *villa*, en donde compré otra *arroba* de *corozos* pequeños, y ocho reales de los grandes, pues tuve ocasión de saber que éstos eran muy solicitados para la fabricación de anillos y *amolados*, amén de que su carne era también muy apetecida por niños y niñas. A esta factura le agregué unas veinticinco piedras de chispa, como de media libra cada una, sobras de las que el maestro Simón Caballero estaba labrando para uso del ejército que se organizaba en Antioquia en defensa del Gobierno de la Confederación, y que dicho maestro me regaló.

Yo mismo *alcé* la carga y á mis espaldas la conduje al lugar de su destino. Todavía recuerdo ese viaje y me admiro de mi fortaleza, pues por lo que es hoy, ni *escotero* haría yo otro tanto.

Instalado en C, abrí mi nuevo *surtido*, y el negocio empezó á andar viento en popa, menos en lo de las *piedras de chispa*, cuyo mercado estaba calmado y sin esperanza de mejorar, por ser mucha la oferta (la que yo hacía) y poco el pedido (nadie preguntaba por ellas.) Desalentado con la ninguna salida de este *artículo*, en el cual cifraba yo grandes esperanzas, ocurrió como remedio extremo al *reclamo*; y al efecto contraté un muchacho, á quien le pagaba *medio real* por cada día de feria, para que á grandes voces anunciara por los ámbitos de la plaza las piedras *riograndeñas* (éstas eran traídas de los alrededores del pueblo de Entrerrios) que vendía á precios módicos el Sr. Ramón Pérez, el *villano* (de la villa de Medellín quería decir.) Por lo dicho se comprende, que si yo no fuí el inventor de este sistema de anuncios, hoy tan en boga, si fuí de los primeros en ponerlo en práctica, y por ello reclamo el honor que me corresponde.

Vendí al fin mis susodichas piedras *riograndeñas*, pero al cabo de tanto tiempo, que hechas las cuentas de lo pagado al muchacho que las voceaba, resultó una pérdida neta de *real y medio*, muy fácil de comprobar: producto de la mercancía, ocho reales y medio; pagado al voceador, diez reales. En cuanto á los *corozos* grandes y chicos, los vendí también y con provecho ó ganancia, que, sin embargo, no apareció en dinero. Y lo peor fue que no solamente desaparecieron las utilidades, sino que tampoco se vió el capital. Aquéllas y éste los fuí invirtiendo insensiblemente, y sin saber cuándo, en *casados* (*conservas* y pan de queso) que comía con demasiada frecuencia, ó que repartía entre mis numerosos amigos para obsequiarlos, y ya se caerá en la cuenta de cuántos no tendría un negociante de once años que manejaba libremente veinte reales de capital!

Conocida por mi abuela materna mi afición á los negocios

y mi amor al trabajo, resolvió protegerme más en grande; y para ello me dió, en comisión del diez por ciento, un *negocio* de mercancías, como de valor de veinticinco pesos de ley, el cual, si no recuerdo mal, consistía en una media docena de unos cuchillos ó machetes de mango de hierro, tan largos como la clásica espada de Miguelito Correa y tan ordinarios que partiendo panela se les doblaba el filo; unos madejones de hilo llamado de *caracol*, que según mi dicha abuela eran de color *morado*, y que quizá lo serían en sus mocedades; pero á la fecha de la entrega puedo asegurar que tenían un color sucio y desteñido, que no era ni *morado* ni nada; unas *tachuelas* de hierro estañado, en muy mal estado; y por último, algunas baratijas viejas. Todos estos efectos formaron parte de los efectos que vendía en su tienda el difunto marido de mi citada abuela, y habían quedado rezagados en poder de ésta, por no haberse podido vender á ningún precio.

En este negocio me fue mejor que en los anteriores, porque casi todo lo realizado fue ganancia neta. A mi protectora sólo le entregué del capital un *condor*, y el resto, inclusive las ganancias, lo invertí durante el curso de las negociaciones en *casados*, en *tamales* de las Posadas (los vendían muy buenos) y en una cerbatana que compré para mi uso. No obstante estas malas cuentas, mi protectora se dio por muy satisfecha, probablemente porque á su juicio los *artículos* que le expendí no valían ni los diez pesos susodichos. Y por lo que hace al lector, yo espero que no censurará muy severamente mi conducta, pues debe tener presente que pagué casi el 50 ^{cl} de mi deuda, y que este proceder en estilo comercial se califica hoy, y se ha calificado siempre, como una "quiebra honrada."

Con seguridad que mis padres fueron de la apuntada opinión, pues continuaron creyendo en mi *hombría de bien*; y tanto, que resolvieron protegerme ellos mismos, dándome, á partir utilidades, una *carga* de cacao del Valle, la cual fue estimada por peritos, para fijar el capital, en ochenta pesos de ley. Me puse á revenderla al por menor en la plaza de C., y pronto, pronto *expendí* el *artículo*; pero en cuanto al producto de la venta, solamente entregué la cantidad de sesenta pesos. El resto del capital y las utilidades, que sí las hubo, se fueron en los malditos *casados*, en *tamales*, en una soga que me costó ocho pesos (qué tan estupenda sería!), y últimamente, en adquirir fruslerías, que les compraba á mis amigos, en los cuales *tratos* salía siempre engañado. Yo encarezco de nuevo al lector que me mire con ojos benignos y que en esta vez considere, para excusarme, mi juventud, mi inexperiencia, las malas compañías que me rodeaban, y sobre todo, que esta mi segunda *quiebra* era ya en mi un progreso, puesto que había cubierto el 60 ^{cl} del pasivo.

Alarmado con este último fracaso, resolví suspender negocios, para aguardar mejores épocas, y para dar tiempo á que se

borrara de la memoria de los hombres la triste historia de mis desgracias comerciales, sucedido lo cual, esperaba yo recuperar mis perdidos créditos.

No fue, en verdad, vana tal esperanza, por cuanto al trasladarme con mi familia al pueblo de E., un amigo de mi padre, que ejercía la profesión de comerciante, y que ni conocía mi afición á los *tamales* y *casados* ni sabía nada de mis atrasos, ofreció protegerme con un surtido de *chécheres* nuevecitos, de valor de cien pesos.

Lo recibí y lo di á la venta, y... admírese el lector, le rendí buenas cuentas al socio capitalista, entregándole cumplidamente su *principal*, y catorce pesos por sus utilidades. Una cantidad igual á esta última me correspondió á mí por las mías.

Y como en ése entonces resolvieran mis padres volver á esta *villa* á penarnos en educación á mí y á los demás hijos, lo que se efectuó en seguida, tuve por necesidad que suspender negocios en los cuales debiera trabajar personalmente; y de aquí que me determinase á meterme á *capitalista*, para dedicarme del todo á mis estudios. Por indicaciones de mi padre, y antes de nuestra salida de E.; le entregué mis catorce pesos á un rico hacendado para que comprara una novilla y la echara en las dehesas en compañía, ó sea á partir utilidades, como en tales negocios se acostumbra. Yo no vi la novilla que mi compañero diz que compró al momento; pero la pintura que de ella me hizo fue tan satisfactoria que quedé contentísimo y lleno de halagadoras esperanzas, las cuales empezaron á realizarse muy pronto. Con efecto, no había transcurrido un año cuando me informó mi consocio que yá nuestra novilla se había convertido en vaca, y á los pocos meses más, en madre, como que dio á luz una hermosa ternera de muy buena raza. Transcurrió algún tiempo, y nueva *cria* de la vaca madre, y después otra y otra, y así incesantemente. Vino luego la primera ternera á ser madre, y todo fue tan bien que aquella semilla se convirtió en pocos años en un *kato* verdadero. Y tanto lo creía yo así, que al cumplir mis veinte años, y salir del colegio hecho un bachiller, contaba con que yá era un "hombre en *fondos*", como suele decirse. Quise, pues, entrar en posesión de mis bienes para colocarme en firme y llamé á cuentas á mi compañero de marras. Y me las rindió en verdad; pero qué malas!

Helas aquí, bien explicaditas.

La vaca madre, como llamaremos á la supuesta novilla de los catorce pesos, no diz que había tenido en el primer parto ternera sino ternero, y lo que sobre este particular se me había dicho provenía de un mal informe del mayordomo de la finca. Item: que este descendiente que, como se ve, no era hija sino hijo, murió de mal de estómago á los ocho meses de nacido. Item: que la dicha vaca madre se había desnucado en una *chamba*; y que aunque sí era cierto que había tenido antes de fallecer otra *cria*, ésta no vio la luz del día por haber venido á

este mundo sin vida. En substancia y en conclusión: ni un cuerno ni una cola: ausencia completa del capital inicial de la compañía y de toda utilidad; y desaparición en absoluto de toda ilusión de parte del socio *comanditario*.

Recuerdo que á mi padre le pareció todo aquello muy irregular y un tanto obscuro, y aun me parece que llegó á sospechar que mi supuesto compañero no compró novilla alguna ni cosa que se le pareciera, y que bonitamente se había atrapado mis catorce pesos; no obstante, me aconsejó que, para evitar molestias, me callara la boca, consejo que hasta hoy he seguido religiosamente, pero que al fin he resuelto revelar para descargo de mi conciencia, aunque reservándome el *santo* del milagro.

Este nuevo desastre no me anonadó por completo, pues que confiado en mis conocimientos literarios, en mi posición social y en mis buenas prendas, esperaba que las ocasiones de trabajar me saldrían al encuentro; y así sucedió en efecto. Una casa comercial de esta ciudad, en la cual uno de los socios principales me tomó querencia, me abrió créditos hasta por mil pesos. Hice uso de ellos inmediatamente y puse tienda en el *marco* de esta plaza; y como las mercancías eran pocas, me valí de mi modo y mi maña para llenar *vacios* y presentar así un aspecto regular á los compradores. Una vez *establecido*, y tan pronto como se hizo público en los del oficio que yo trabajaba protegido por la firma "Cifuentes & hijos", todos vinieron á poner á mi disposición sus *almacenes*, sin limitación alguna; y, como esto era precisamente lo que yo apetecía, me dejé ir á fondo, no sin hacerme al principio el remilgado. Al uno le tomé dos mil pesos, al otro cuatro mil; y así me fui surtiendo á todo mi gusto hasta quedar á deber con los plazos de *costumbre*, cosa de treinta mil pesos.

Con tales bases y con el tesoro de mi experiencia, me dejé rodar; y como desde el partir me forjé la ilusión de que la Fortuna me abría sus esquivos brazos, créime rico de veras y empecé á obrar como tal. Vestíme bien y á la moda; compré un magnífico caballo de silla para montar por las tardes y pasearme en las calles de la ciudad; me hice á una famosa escopeta de retrocarga, y á un par de perros *venaderos* y á otro *guagüero*; contribuí á la fundación del club llamado de la Rosa encarnada, que no me costó poco por cierto; y últimamente, monté un departamento de soltero con el *confort* que cuadraba á un hombre de mi educación. Pero no paró allí todo: auxilié á mis padres pródigamente, á quienes sostenía en lo principal de acuerdo con mi rango y posición social; ayudé á la educación de mis hermanos pequeños; y en cuanto á los grandes, hice cuanto pude hasta casar las dos mayores.

Por estos mismos tiempos llevé á cabo mi GRAN NEGOCIO, el que más influencia ha ejercido en el curso de mi vida: me *casé*. Nada diré hoy sobre este paso tan importante, pues *para*

hacerlo, le reservo un capítulo especial en estas mis memorias, el que escribiré si Dios quiere y el tiempo lo permite y da lugar; agregaré sí, porque esto concierne al asunto de que trato, que establecí *casa aparte*, la cual amoblé muy bien y á todo gusto, como lo exigían mi posición y la de mi mujer. Y así, vi- viendo muy contento y pensando siempre en que las cosas marcharían en progreso y en bonanza, pasaron los tiempos; algo así como diez años.

Por mi desgracia, eso que yo tomé por las caricias de la Fortuna, no fueron en verdad tales caricias, sino golpes y *cos- corrones*, y muy duros, en verdad. Resultó, en efecto, que las cuentas que yo había hecho eran “cuentas alegres” y nada más, y que lo que debiera haber ganado según ellas, se había ido en gastos personales y de familia y en deudas perdidas en ab- soluto. Pero algo peor se vio después y fue que casi todo el ca- pital se había evaporado como por encanto.

Y como mis primeros protectores y todos los demás acree- dores se penetraran pronto, con ese instinto natural del comer- ciante antioqueño, que no es el mío, de que mi situación no era *correcta*, me llamaron á cuentas, y vistos y examinados mis li- bros, apareció aquello: un alcance de veinte mil pesos! Como quien dice nada! Entrámos en arreglos; hubo molestias y ex- plicaciones serias y agrias de parte y parte, pues paré seco en lugar de mostrarme humilde, como era natural. Y tanto se apuraron las cosas, que estuve al trauce de batirme con un acreedor exigente y malcriado que me dijo ladrón; felizmente no hubo sangre, porque los padrinos declararon que no había motivo para tanto. Desenlace final: que entregué todo lo que tenía en mercancías y en bienes muebles—raíces no los habia— y que me quedé en este valle de lágrimas, tan limpio—de dine- ro se entiende—como mi madre me dio á luz, y tan desacredi- tado que nadie me fiaba una peseta. Esto pasaba cuando acaba- ba de cumplir mis treinta y dos abriles, y cuando mi pobre y bonita mujer *ajustaba* cinco hijos bien nacidos y *vivitos*.

Acosado por el infortunio y no encontrando auxilio de nin- guna clase ni en mis padres, que estaban tan pobres como yo, ni en mis parientes y amigos, que me hacían el asco; y no sa- biendo ninguna profesión ú oficio, fuera de la apuntada de los negocios, que estaba en desuso, resolví lanzarme, como último recurso, en la vida pública. Verdad es que yo nada había aprendido de la ciencia de gobernar á los pueblos, y que tam- poco conocía los códigos y leyes ni por el forro; pero esto no me arredró en lo mínimo, porque veía que otros, que de tales co- sas sabían lo que una gallina de freno, habían medrado ó es- taban medrando.

Aproveché el momento en que se debatía una candidatura á la Presidencia del Estado (entonces había Presidentes en Antioquia) y me alisté sin vacilar en uno de los bandos; pero como comprendiera al vuelo que los *míos* iban de vencida, me

pasé á tiempo y con provecho, pues recibí los honores de la victoria. No dejaré, sin embargo, de manifestar que el buen resultado que obtuve, lo debí á haber tenido la precaución de hacer olvidar mi cambio de frente gritando mucho y muy alto y dándomela de intransigente y de violento contra mis antiguos compañeros en la lid.

Como producto real y verdadero de la campaña electoral obtuve un empleo con sueldo de ochenta pesos—muy bueno por cierto en aquella época—el cual serví por cerca de dos años. Fuí luego víctima de ciertas intrigas, y de la noche á la mañana quedé cesante. Casi un año entero apuré las heces de esa nunca bien pintada situación, pero al fin, y á fuerza de *plañir*, logré conseguir otro, que tampoco gocé mucho tiempo. Y así, de caída en caída y de levantada en levantada, me cogieron los albores de la Regeneración desempeñando un modesto empleo de hacienda de esos que no hacen ruido. Y fue lo bueno—porque no todo ha de ser quejarse—que el *enemigo* me respetó, debido, sin duda, á mi mucha mansedumbre y á mi buen carácter. Para algo han de servir las buenas prendas en el hombre, exclamaba yo en ese entonces, y continué comiéndome mi sueldo sin abrir la boca y “dando al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios”.

El empleo últimamente referido es el que en la actualidad desempeño, muy á satisfacción de mis superiores y á la mía, porque á más no aspiro. Quiera el Cielo que en él muera y que no vuelvan para mí los malos tiempos de una cesantía! Amén.

Ahora bien: lo que dejo referido y lo otro que queda entre el tintero, no ha sido obstáculo para quitarme la gran afición á los negocios, pues aun en plena vida de servidor público, la gana de hacerlos no ha disminuido. Sépase en consecuencia, que si durante mucho tiempo he estado en *asuetos*, no ha sido por mi propia voluntad sino por “falta de local y telas” como reza el adagio.

Va á verse, con efecto, que apenas eché alitas, volé, ó mejor, intenté volar, porque el vuelo fue corto en verdad. Las cosas pasaron como las voy á contar, y en ellas debe creerse porque yo nunca exagero.

RAMÓN PÉREZ.

(Concluirá).

—♦—♦—♦—♦—
SOFISMAS

I

(A Gregorio Pérez.)

Estando distraída
La virgen de mis sueños adorados,
Con intención resuelta y atrevida

En silencio llegué, y á los rosados
Labios que fueron causa de mi anhelo
Hurté un almíbar que me supo á cielo.

Me miró con rudeza
—Un modo de mirar que no era suyo—
Y después, inclinando la cabeza
Cual planta que doblara su capullo
Al soplo de huracán envenenado,
Me dijo con rubor:—“ ¡Eso es pecado !”

II

Nuestra luna de miel menguado había
Sus dos terceras partes cuando menos,
Y el azul que un mes antes sonreía
Con sus tintes más claros y serenos,
Hoy nos velaba oscuridad sombría.

Y una tarde me dijo: ¡ si el pasado
Pudiera revivir con tus promesas !
Pero yá de mi amor te has olvidado;
¿ Porqué yá ni me miras ni me besas ?
Y yo le respondí:—“ ¡ Porque es pecado !”

CARLOS ESPINELA.



CASATE Y VERAS

PERCANCES DEL OFICIO

(Artículo dedicado á mi distinguido amigo el señor Joaquín Emilio Yepes).

Frisaba yo en los diez y ocho años cuando sentí por primera vez esas ansias vagas, ese vehemente deseo de tener mujer, según el orden de nuestra Santa Madre Iglesia. Cierto era que no había visto aún á la que debía ser mi cara mitad; pero esto poco importa, pues hallarla es tan sencillo como tomarse un vaso de agua. La estadística demuestra que el número de mujeres está al nueve por uno con relación al de los hombres; y de aquéllas, al menos las noventa y nueve por ciento, desean ser casadas. Cuando sentí mi primer impulso matrimonial, consulté el paso á varios amigos y parientes, para oír su opinión sobre tan delicado asunto. Algunos de ellos en tono alegre me dijeron que el matrimonio era un *Edén, un cielo chiquito*, y mil barbaridades por el ídem. Otros, al contrario, después de lanzar hondo suspiro, me dijeron:

Ay del hombre casado! Eso es un escándalo público. Más le valiera atarse una piedra de molino al cuello y arrojarse al

mar. El que se casa, decían, es un esclavo atado á su cadena, un sér que debiera inspirar á todos verdadera compasión. El matrimonio, agregaba cierto amigo, es una serie no interrumpida de desventuras, y los goces de la juventud desaparecen en ese estrecho recinto de cuatro paredes que se llama hogar.

Bien se comprenderá que después de oír tan contrarias opiniones, y de reflexionar fríamente sobre la cuestión, resolví firmar escritura de *perpetua soltería*, pues siendo como era un joven alegre, dado á los placeres y diversiones, mal podría echar sobre mis espaldas tan pesado fardo, y entregar mi dicha, mi orgullo y mi albedrío á las exigencias y caprichos de una mujer. Debo confesar, sin embargo, como hombre honrado, que en ocasiones sentía unos *cosquilleos* y una gana de casarme hasta particular, y que cuando veía una chica de esas guapas y airosas que gastan tanta sal y tanto aquél, se me iban los pulsos, y un temblorcito de calofrío recorría toda mi flaca humanidad. Había prometido no casarme, y para ello me alejaba de esas reuniones y lugares en que podía dar mi brazo á torcer, por el peligro próximo de que alguna chica con sus ojos incendiarios me hiciera violar mis secretos compromisos de célibe. “El buey suelto bien se lame”, decía para mis adentros, y así dejé pasar los meses y los años sin que sintiera la llegada de la gana grande, aunque presumía que la tentación se acercaba.

Una ocasión que vagaba meditabundo y triste, vi pasar á mi lado una joven de ojos negros y expresivos, andar majestuoso, continente de reina, labios de grana, y cabello suelto y sedoso que caía *desevidadamente* sobre la espalda. Todo fue verla, y mi corazón dormido á las impresiones del amor despertó de su profundo letargo.

Mis nervios se crisparon de súbito, y el solterón impenitente volvió á la vida de las ilusiones. De un solo golpe todas mis preocupaciones y mis promesas y juramentos vinieron á tierra. Estaba enamorado, y me fue imposible resistir á las seducciones de aquella mujer. Por lo pronto sentí vergüenza de mí mismo, me llamé débil de carácter y me juzgué inconsecuente, al faltar así á mis propósitos por cosas *de tan poco momento*. Verme así vencido por la mirada de una mujer me pareció ridículo, pero lo cierto era que estaba hechizado, perdido, enamorado hasta los tuétanos. Mi primer cuidado fue averiguar por la casa y el nombre de la hechicera que así había trastornado mi vida. La empresa no fue ardua: cerca á mi casa vivía una solterona—de esas que, por fortuna para los enamorados, abundan como los hongos en ciertos lugares, y que, por amor al arte, protegen las empresas amatorias—la cual apenas supo mi nuevo estado patológico, me atajó al través de la reja de su ventana, y me dio las más halagadoras noticias acerca de la joven. Me dijo que era un ángel bajado del cielo, de carácter suave, de distinguida posición social, y que pertenecía á una

familia de rumbo y de chapa, que debía ser muy rica por el tono que gastaba. Estas nuevas acabaron de soliviantarme y decidirme por Pepita, que así se llamaba la hechicera. A veces pensaba que su riqueza y su alta posición social eran una vaya insalvable. Mi natural delicadeza se resentía, al pensar que pudieran creer que mi loco amor era cálculo frío y nada más, y mi orgullo sufría atrozmente al considerar que mi futura pudiera creerse superior á mí. En estas dudas y vacilaciones me encontraba, aunque seguía dándole *mis pasadas* á la ebica, con notable disimulo que me hacia más visible, cuando un amigo de la casa se me cuadró en la calle á felicitar me por mi elección y mi buen gusto. Me dijo que yo era yá muy conocido y simpático á la familia de Pepita; que no debía retardar un momento mi felicidad, pues aunque la familia de mi novia era pobre, habían sostenido siempre su elevada posición y su alcurnia con la mayor decencia. Que, en honor mío, juzgaba que la pobreza de Pepita no sería un inconveniente, porque es claro que el que pone el baile tiene que pagar la música. Rara condición humana! esta noticia me desconcertó un poco, pues por más que se hable contra el dinero, es lo cierto que hace mucha falta. Yá pasaron los dichosos tiempos del bimetalismo, en que se vivía con cualquier cosa y en que las mujeres se alimentaban con ilusiones. A otros tiempos, otras costumbres: hoy nadie puede ser feliz sin tener el *omnipotente dollar* en el bolsillo, ó muy á la mano. A pesar de todas estas reflexiones no pude vencer mi pasión, y á la tarde siguiente estaba en la esquina haciéndole á Pepita mudos requiebros y manifestaciones de amor. Habían apenas empezado mis amores y tonterías. Por la primera vez permanecía dos horas de pies en una esquina, al sol y al agua, siendo el hazmerreir de todos los transeuntes. Por fortuna para mí, Pepita correspondía á mis atenciones, y desde ese día empezaron entre los dos unos coqueteos de rompe y rasga. Doña Crisanta (así se llamaba la futura suegra) comprendió pronto mi objeto y mis frecuentes idas y venidas al rededor de su hija. Indirectamente me brindó modo de penetrar á su casa por conducto del mismo amigo oficioso del informe descorazonador, quien se brindó atentamente á presentarme en la casa, y me hizo todo el *alto posible* para que el matrimonio se arreglara. No quise al principio dar paso alguno en este sentido, porque veía lo delicado de la cuestión, y deseaba tratar á fondo á la futura y ver si me convenía para esposa. Este estudio y este retardo duraron poco, pues una noche, cuando hablaba aparte con la Pepa, me dijo doña Crisanta, como quien trata de cosa convenida:

—¿Y cuándo se casa?

Esta pregunta disparada á quema ropa, me produjo turbación completa, y lleno de rubor contesté sin pensar lo que decía:

—Dentro de tres meses si á ustedes les conviene, no?

La suegra me miró y miró á la novia con una expresión de placer indefinible, como diciéndonos:

“Lo ven? Tontos! ya está salvada la dificultad.”

Creía que mi silencio y mi reserva sobre *aquéllo* eran producto de timidez y cortedad de genio.

El trato quedó cerrado tácitamente, pero en firme y sin apelación. La noche que arreglé ese *negocito* no pude dormir, pues la idea de ser desgraciado me llenaba de pavor. Pero ya no había remedio: la suerte estaba echada. En los días subsiguientes doña Crisanta y Pepita recorrieron la ciudad refiriendo á sus amigos el fausto suceso, en són de darles parte. Estoy tentado á creer que ni la venida del Mesías fue más anunciada que mi matrimonio, pues á los tres días no se hablaba de otra cosa en la ciudad. Mis amigos, como siempre sucede en estos casos, se apresuraban á felicitarme por mi proyectado enlace, y me auguraban un venturoso porvenir. En las esquinas y corrillos por donde pasaba, sólo se oía esta frase “se casa con Pepita.” Toda esta polvareda me llenó al fin de viento: me sentí orgulloso, y llegué á creer firmemente que era el más feliz de los mortales.

Puedo asegurar á mis lectores que á los pocos días de haber arreglado matrimonio, comenzó á pesarme horriblemente del paso que había dado. Tiene el noviazgo tantas monerías, tantos cumplidos y ridiculeces, que mi carácter no podía soportarlos. Por la primera vez de mi vida me plantaba un par de horas ante un espejo haciéndome la *toilet* para ir á casa de Pepita por la noche; diariamente me hacía la barba, y los rapadores con sus pomadas y cosméticos iban acabando no sólo con mi salud sino con mis pocos ahorros; el ramo de violetas y heliotropos que todas las noches debía llevar á Pepita, según lo indicado por la moda, me costaba diariamente diez centavos; los sastres fueron también mis verdugos y hasta de los limpia-botas me volví tributario en esta dura época de mi vida. Las visitas de novio fueron las que más llegaron á desesperarme. Sentados el uno cerca del otro, teniendo al frente el ojo malicioso de la suegra, nada podíamos hablar en confianza, y sólo de vez en cuando me decía ella: “me quieres? me amas?” y otras dulzuritas por el estilo, que me cargaban de veras. Algunas noches tenía que soportar las travesuras y chillidos de dos pequeñuelos de doña Crisanta que eran inaguantables.

Mes y medio hacía que visitaba como novio la casa de Pepita, y ya estaba á canto de enloquecerme. Me figuraba que no llegaría la hora de casarme, y la esperaba con ansia, no porque creyera en los goces que me reservaba, sino por salir pronto de tantas molestias y necedades. ¡Al fin llegó el venturoso día!

Se hicieron los preparativos de la boda, y una brillante mañana, entre himnos religiosos, incienso y oraciones, salió de mis labios balbucientes el temido *sí*. Estaba, pues, con la soga al cuello, y ya era imposible retroceder. Pepita se censi-

Veraba feliz, y gastó para conmigo en esa ocasión una ternura inmensa. Yo estaba pensativo. No podía alegrarme á pesar de que me esforzaba por aparecer satisfecho.

A la ceremonia religiosa siguió el *modesto* desayuno que doña Crisanta había hecho preparar. Asombrado quedé al ver el lujo y boato desplegadas en aquella mesa y recordé con susto mi situación. Como yo había tenido que hacer el desembolso para la fiesta, mi suegra no se cuidó de la sencillez y la economía recomendadas por la prudencia en tales casos, por aquello de que lo que nada nos cuesta volvámoslo fiesta. Entre los convidados reinó gran alegría; las copas subían y bajaban sin interrupción hasta encasquetarse en muchos cerebros. Las peroratas tontas, los versos insulsos, los brindis sin ton ni son, las felicitaciones necias me llovieron á chuzos. ¡Que hable fulano, que hable zutano!, era lo único que se oía por todas partes. Fastidiado y aburrido de tantas futilidades, me retiré con Pepita á la sala para ver los regalos de los amigos y parientes. Al verlos sentí una ráfaga de alegría, pues á la verdad eran muchos y de valor. Pero pronto reflexioné que esos regalos eran giros anticipados para el porvenir, pues poco tiempo después tuve que hacer grandes desembolsos para regalar á muchos parientes y amigos de Pepita que se fueron casando en detal. El "doy para que des", se cumplía al pie de la letra. A las diez de la mañana, lleno de cansancio, resolví irme al campo con Pepita, á la casa que con anticipación le tenía preparada.

El cochero que nos condujo pidió el doble por el viaje y no me fue posible librarme de aquel zángano, á pesar de los muchos regateos que me vi obligado á hacerle en presencia de Pepita: todo fue inútil; así empezaban para mí las delicias matrimoniales. Libre yá en mi casa, me sentí mejor y llegué á creer en las dulzuras del hogar.

Empezó entonces un idilio de esos de que nos hablan los poetas: los besos, abrazos y sonrisas llovían que era un gusto. Pepita me pintaba con vivos colores un halagüeño porvenir á su lado. Me decía que con el reducido sueldo que ganaba, (hasta empleado público era para colmo de males), viviríamos des-cansadamente, y que ella procuraría realizar grandes economías para ver si al fin hacíamos casa, que es el ideal de los matrimonios, aunque fuera de cucarachas. Hizo mi buena Pepita tantos castillos en el aire, que al fin logró hacerme creer en la dicha que disfrutaríamos, y pensar que andando los días sería un afortunado capitalista. ¡Sueños y visiones de un cerebro vacío! La realidad dura y fría vino pronto á echar por tierra tantas necias quimeras.

A los ocho días de permanencia en el campo empezaron las visitas de los parientes y amigos. Una ocasión conté sentadas á la mesa veinte personas, fuera de dos criadas, un perro, un gato y un loro de la casa de mi suegra. Haciendo mil euro-

dos, vendiendo sueldos y empeñando algunas alhajas, pude al fin hacer frente á tan terrible situación. Aunque una noche que hablaba á solas con Pepita protesté contra tantos gastos, ella poco ó ningún caso hizo de mis palabras, manifestándome al contrario que la posición social y las relaciones imponían deberes ineludibles. La madre de Pepita, que no se paraba en pelillos, me endosó dos de sus hijos, enfermos de tos ferina, para ver si lograba en el campo restablecerlos. Referir aquí lo que necearon los *angelitos*, las malas noches que pasámos asistiéndolos y mil incidentes más, sería cosa de nunca acabar. Basta decir que llegué al colmo de la locura y que de todas veras iba á pedir al diablo que por pronto remedio alzara con mi pobre humanidad. Lo peor de todo era que mis desventuras apenas habían principiado y que el mal iba cada día en aumento. Al año de casado vino al mundo una criatura (con la boca abierta, por supuesto), fruto bendito de nuestro amor, como dicen los poetas. ¡Qué clase de frutos da este árbol, Dios santo! Desde que vino al mundo no descansaron mis bolsillos de derramar plata á chorros. El médico que ayudó á Pepita en su feliz alumbramiento, sacudió mis bolsillos despiadadamente por estar una noche en casa, bien cuidado con excelentes vinos y poner unas cuatro letras ininteligibles en un pedazo de papel juntamente con su enredada firma. Se me ocurre observar de paso, que los médicos de Medellín y los de todas partes, usan siempre al pie de sus fórmulas una firma casi ilegible, sin duda con el objeto de ocultar su nombre á las incautas víctimas que caen en sus manos y poder negar el cargo. El que recetó á Pepita no sé como se llamará, pero si lo conozco de *vista*, como dicen, y espero confiado en Dios, que algún día me las pagará todas juntas. Después del médico caí en manos del boticario que despachó la fórmula, el cual me apuntó con *tenedor* en sus libros el valor del agua de la pila y los polvos de *pirilín pin pan* que me despachó. El Cura también metió la sagrada mano en el plato, pues por ponerle el agua al recién nacido y leer en latín no sé qué cosas, me sacó las setenas, sin tener en cuenta que á los pobres de solemnidad se les debe la gloria de justicia, como lo dicen las bienaventuranzas, sin exigirles el escote, porque donde no hay, Dios no obliga. Como hubo necesidad de confeccionarle ajuares al recién nacido, los dueños de almacenes hicieron la olla gorda conmigo, vendiendo sus especialidades á *precio de factura y con descuento inicial*.

La cosa no había cesado aún. Opinaba mi suegra que la cristianada de mi primer hijo debía ser celebrada con una *fiestecita*, y tuve que llevar á mi casa confites, dulces, vinos, cervezas y mil cacharros más. Los cantineros no podían quedarse atrás, y les tocó dar el golpe de gracia á los relieves de mi exhausto tesoro.

Desesperado con tantos gastos, resolví vender á uno de esos usureros que—para alivio del bolsillo y la honra de los po-

bres, y bien de la humanidad, abundan entre nosotros—ocho sueldos que aun no había ganado, pagando el módico interés del 200^o/₁₀₀. Luégo me vi obligado, para salir de cuitas y del agiotaje, á tomar una gruesa suma en un banco, bajo la firma de un amigo, á quien pronto sacrificué también.

Como Pepita era un poco antojadiza y amante decidida del Teatro, los toros y aun de los animales sabios (la prueba la dio enamorándose de mí), tuve que llevarla á varias funciones, no sólo á ella sino también á toda su *sacra familia*, hasta la quinta generación. Pero esto no era lo peor de todo. Al segundo año de mi enlace, vino á la tierra otro hijo y después otro y otro, y los médicos, curas, boticarios y especieros, siguieron como la primera vez pegados como murciélagos, chupando mis bolsillos. Yá no sabía qué hacer en tan angustiada situación, cuando una vez (¡no quisiera recordarla!) mi pobre Pepita enfermó gravemente y al fin murió. Triste y abatido cumplí el último y más sagrado de los deberes, dándole á la que había sido mi amante compañera, modesta sepultura. Aquí fue el trance gordo. Si para venir al mundo se necesita dinero, para despedirse de él se necesita más aún. Los curas hicieron la última visita á mi flaca lucha; los agentes mortuorios entraron en escena también, y el *modesto entierro* me costó un ojo de la cara.

Como la familia de Pepita juzgaba que su cadáver no debía ser enterrado en cualquier parte, me obligó á comprar un local en el cementerio de San Pedro, que no me costó menos, pero qué hacer! Somos víctimas de nuestra vanidad hasta después de la muerte. Los coches que acompañaron el cadáver á su última morada, fueron repletos de muchos *amigos*, de esos que le sobran á uno cuando se trata de viaje al cementerio bien montados, y tuve á mi pesar que pagar ese delicioso *paseito*.

Viudo ya, pobre y lleno de trizteza, reflexionando fríamente en el pasado, me pareció que todo había sido un sueño fugaz. Evoqué dormidos recuerdos de mi juventud, pensé en Pepita y muchas lágrimas furtivas vinieron á mis ojos. Había estado casado sólo diez años y había envejecido totalmente. Mi cabeza estaba blanca, y hondas arrugas surcaban yá mi frente. ¡Cuántas ilusiones no habían muerto en mi alma y cuántas heridas no llevaba en el corazón!

Triste y abatido después de tantos descabros, quise viajar para hacer así más llevaderos mis últimos días. Pero, ¡ay de mí! Todo fue en vano. Ni el aire, ni los placeres y la vida errante y libre pudieron calmar mi honda pena.

El recuerdo de Pepita, su resignación en la desgracia y los días de amargura que juntos devorámos, me seguían por doquiera como la sombra al cuerpo.

Sentía un malestar indefinible y no podía darme cuenta de la causa que lo producía. Un resorte se había roto en mi vida, y los perfumes y las delicias que había soñado para mi hogar, se habían evaporado como ligera bruma.

Meditando hondamente en la causa de mis actuales desventuras, he llegado á convencerme con tristeza de que son más sensibles cuanto menos reales y verdaderas, y que lo que en puridad me hace más falta es la gravitación de esa cadena que forma la base de la sociedad y que es buena ó mala según el carácter peculiar de cada uno, y las circunstancias del medio en que nos movemos. De aquí deduzco que el matrimonio es siempre un bien; pero que nuestras prevaricaciones, los caprichos de nuestra índole y las deficiencias de nuestra flaca naturaleza pueden hacer de él un *infierno*.

MARCEL DIURIBÍA.



EXEGESIS DE UNA ESTROFA

“El hombre es un anillo que eslabona
 Dos infinitos de azulada zona,
 Que en sentido contrario
 Abren la inmensidad del escenario.
 El uno recompone y aglomera
 Esfera sobre esfera,
 Y en síntesis fecundo
 De muchos universos forma un mundo;
 El otro desbarata y analiza
 Globos rudimentarios
 Para formar sistemas planetarios
 De átomos de ceniza.”

(JOSÉ MARÍA ROJAS GARRIDO.)

Son los dos encontrados infinitos,
 En la vida de todos los proscritos,
 El *Bien* y el *Mal*: en cada opuesta zona,
 Su prepotencia cada cual pregona;
 Y del caos en el abismo solitario,
 Abren la inmensidad del escenario....

Síntesis de lo eterno, el *Bien* fecundo,
 Soles descubre en el azul profundo,
 Cuyos confines sin cesar sondea,
 Donde brillantes universos crea....

Ronco fragor en la extensión se escucha
 De la empeñada, tenebrosa lucha!
 Progenitor de sombras, se desliza
 Del *Mal* el soplo sobre fría ceniza;
 Y, como la espumosa catarata,
 Iris dibuja y mundos desbarata!

¿Y cuál, en la cadena misteriosa,
 El eterno eslabón? ¿Qué poderosa
 Varilla blande la invisible mano,

Para ligar del inmutable arcano
 Los sueltos hilos y las cuerdas rotas?
 ¡ Cuáles, gran Dios, las arrobadas notas
 Serán, que ahoguen el clamor horrendo?.....
 Las que escondidas hasta ti subiendo,
 De la Oración en alas tremebundas,
 Oscilen palpitantes y profundas:
 Que es la oración el puente que del suelo
 Conduce el alma al rutilante cielo!.....

F. A. MONTOYA KENNEDY.

Septiembre 28 de 1896.



PAGINA EN BLANCO

Cuando yo era mozo imberbe, compré un libro en blanco, para escribir versos, para dejar en él todas mis impresiones de adolescente, para copiar los gratos sueños de mi juventud alucinada.

Y escribí muchos versos y copié muchos cuentos que soñaba entonces, y el libro iba llenándose, llenándose con mis cuentos y con mis versos.

Un día que ya no me encontré niño atolondrado, que vi la necesidad de meditar y de hacer deducciones para lo futuro, abandoné los sueños y las estrofas para llenar el libro con notas de otra clase; pero creí de justicia no desairar el sentimiento y se me ocurrió dejar una página en blanco para escribirla el día de mi vida que experimentara felicidad verdadera.

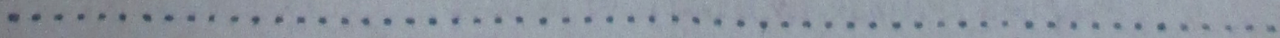
Y pasaron días, y pasaron meses y años, y en aquel libro que iba llenándose de reflexiones, de notas pesimistas, de momentáneos consuelos, de abatimientos, seguía la página blanca esperando la caricia de la estrofa del gran día esperado.

¡Cuántas veces, sintiendo en el alma efluvios como de cielo, tomé en mis manos el libro creyendo que podría escribir, porque me juzgaba en posesión de la felicidad! Pero un recuerdo cualquiera, con toda la rudeza de la realidad, se llegaba á mi pensamiento, me arrancaba el libro de las manos, y la página seguía en blanco.

Una mañana de verano en que el aire todo era luz, y limpios celajes de oro y perla lucían en lo alto, me desprendí de los brazos de mi adorada Michel, y con el fuego de su primer ósculo de esposa, que se desbordaba en mis venas, quise fundir una canción que tuviera de su alma y de mi alma, para grabarla en aquella página.

Pero *ella*, puesta en el secreto, me dijo:

—Espera el día de mañana.



Llegó el día siguiente, y cambió mi ánimo.

Y pasaron días y vinieron meses y años. Y tuvimos un hijo blanco como la nieve y alegre como un rayo de sol. Y luégo otro y . . . muchos más.

Y en nuestra vida de casados hubo días azules que muchas veces pusieron la pluma en mi mano para escribir en aquella página blanca.

En aquel hermoso libro que compré cuando yo era mozo imberbe, para dejar en él todas mis impresiones de adolescente, para escribir versos, para copiar los gratos sueños de mi juventud alucinada, hay una página que reservé para escribirla el día de mi vida que experimentara felicidad completa.

Han pasado muchos días, muchos años, y la página blanca, yá amarillenta por el tiempo, aún aguarda la estrofa feliz. ¿Cuándo la grabaré?

P. P. LONDOÑO.

BIBLIOGRAFIA

Versos de Enrique W. Fernández.—Ha llegado á nuestra mesa de redacción este simpático libro, en edición lujosa, cual conviene á un aristócrata que ve la luz entre las brumas londinenses. Es una colección de veintisiete poesías, bautizada con el modesto nombre que encabeza estas líneas, dedicada á los poetas jóvenes de Colombia, y que para nosotros no tiene más defecto que su parvidad.

Parece que nuestro caro amigo el señor Fernández, se hubiera propuesto dar al público sólo una muestra de que sí es poeta de veras, ignorando quizá con envidiable modestia que el público lo sabe demasiado; ateniéndose al proverbio de que para muestra basta un botón, nos ha enviado uno diminuto, pero que forma el más bello florón de su corona de vate. Es evidente que el coleccionista se preocupó demasiado con aquello de que para que un manjar guste y se haga apetitoso, debe saborearse de manera que apenas abra el apetito. Sus versos se leen de una sola tirada en menos de media hora; pero hacen pensar y dejan honda impresión en el ánimo.

Cómo hubiéramos querido ver coleccionada íntegra, en orden cronológico riguroso, la obra poética de nuestro compatriota, para estudiar en ella la historia fiel de esa alma privilegiada, que se trasluce al través de la trama delicada de sus rimas; sus luchas, sus tropiezos, sus vacilaciones, sus entusiasmos, sus progresos y sus triunfos; los momentos psicológicos de esa larga y fecunda labor, los movimientos impulsivos del ánimo, y las causas generadoras de la obra literaria, analizados con sagacidad, en orden á su desarrollo lento y marcado, según las

etapas de esa vida, y así poder calcular su potencia creadora, su coeficiente de fecundidad, la génesis peculiar de sus producciones, y el número y calidad probable de los futuros partos de esa joven y vigorosa fantasía!

No sabemos qué orden, qué clasificación siguió el autor al formar esa antología en miniatura, y nos inclinamos á creer que lo guió sólo el capricho, y el cariño preferente que aun en el seno de la familia tienen los padres por algunos de sus hijos, entre los cuales no deja de haber sus Benjamines; por esta razón protestamos en nombre de la dignidad personal de los otros hijos desdeñados del señor Fernández, como *Cielo, Noche, Plegaria, A Medellín, Al Mar* y tantos otros que bien merecen el honor de ser presentados al público en comunidad y de gala, como cualquiera de los veintisiete de este primer grupo.

Porque hay que tener presente que la vena poética del señor Fernández es una de las más ricas, numerosas y nutridas que imaginarse pueda, y tiene faces múltiples y formas variadas. Podemos dejar sentado que entre los poetas jóvenes de Colombia va á la cabeza por el número y la calidad de sus producciones. Julio Flórez, por ejemplo, con quien puede parangonársele, será de más fantasía, más espontáneo y natural, más temperamento de poeta, si se quiere; pero Fernández es más fecundo, más estudioso, más clásico y correcto. Su genialidad de artista tiene reminiscencias de Núñez en lo filosófico y enérgico, más musical y correcto, si menos caudaloso; de Pombo, en la alteza y selección de los temas y lo nutrido de los pensamientos, y de Caro, en lo aristocrático de la forma, y lo clásico y atildado de las expresiones. También tiene dejos de Fray Luis de León y de Núñez de Arce.

Cualquiera que lea esta tesis absoluta podrá tacharnos de exagerados y atrevidos, y quizá el primero en protestar contra ello será el mismo interesado, pues conocemos su genial modestia; mas si fuera preciso probarla, nada juzgamos más sencillo y factible. Hoy les ahorramos á nuestros lectores esa disertación comprobada, muy á pesar nuestro, porque esa tarea alargaría bastante nuestras notas editoriales, que por su naturaleza tienen de ser cortas.

¿Cuándo volveremos á saborear esa crema deliciosa aunque sea servida en *dosis homeopáticas*?

Escritos y discursos de Francisco de P. Muñoz.—¿Quién no conoce á Muñocito, aunque él crea que nadie lo conoce? ¿Quién no ha saboreado esa prosa robusta y seria sin atildamientos ni remilgos, sin adornos postizos ni *fiorituras*, que ha sido siempre el caballo de pelea que lo sustenta en los torneos de la polémica culta y en las lides del ingenio, en los cuales ha lucido siempre todo el vigor y la gallardía de su pensar profundo?

¿Quién ha dejado de apreciar sus dotes de profesor hábil y competente como ninguno; las mil faces de su intelecto, en el

cual ha acumulado por medio de una voluntad inquebrantable, y dilatados años de estudio, tesoros ingentes de conocimientos, que le han procurado los goces más intensos y puros de su modesta vida?

Podemos decir, sin temor á ser contradichos, que la ilustración de este "titán laborador" es enciclopédica, vasta y general como la de los mejores pensadores teutónicos.

El terreno conocido de las ciencias naturales lo ha recorrido palmo á palmo con deleite, y podemos decir que va á la par con las últimas conquistas de los exploradores más avanzados. Las matemáticas sublimes le son familiares. En filosofía es apasionado por la lógica y la ontología.

Como legista ó jurisconsulto es un *aficionado* que ha agotado la materia por amor al arte. Para dejar sentada la mejor reputación de criminalista, basta haber escrito la historia concienzuda y analítica de esa hecatombe *horriblemente hermosa* que pasará á la posteridad con el cuasi legendario nombre de CRIMEN DE AGUACATAL. Su análisis fino y agudo como una daga turca; su raciocinio firme, seguro y dilacerante como el escalpelo de un profesor de la Morgue; su verbo frío y concatenado como los golpes de la suerte; su ironía delicada y sarcástica como una plumada de Voltaire, son suficientemente conocidos de todos, y lo raro es que por esa misma razón se le corta el vuelo, se le arrinconan... porque se le teme.

Y sin embargo de que él sabe que esas grandes cualidades de su carácter, como su energía, su independencia, su modestia, su franqueza ingénita y su amor á la verdad lo perjudican notablemente, aunque pudiera fingirse otro para medrar, él es así y no podría jamás dejar de serlo... por lo mismo!

Hoy quiere—á pesar de todo—seguir haciendo algo por el progreso de esta tierra que tanto ha querido, de esta Antioquia que él ha deseado se conserve siempre antioqueña, regional, de dura cerviz, ruda—si se quiere—pero dueña de sí misma, de sus gloriosos destinos, de sus fueros vascos, de su carácter altivo y honrado, duro é inflexible, de sus costumbres provinciales, primitivas y puras, siquier sean montaraces y huerañas, y de su genio franco y leal; de esta región montañosa que él ha amado con idolatría, así con todos sus defectos, que quizá comparados con *las cualidades* de otros pueblos, vienen á ser el verdadero timbre de orgullo de los montañeses de Colombia.

Por eso principia hoy á dar á la estampa sus artículos literarios y sus estudios científicos en una larga serie de entregas de costosa y nítida impresión. En esos estudios—que bien merecen tal nombre—mucho tendrán que estudiar y aprender los mismos doctos, y será nuevo lauro para esta Polonia Colombiana, que conserva su antigua fiereza, pero que caerá algún día al golpe del hacha parricida, *envuelta entre los pliegues de su bandera, cantada por sus poetas y llorada por sus mujeres.*